



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tífs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tífs. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tífs. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tífs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por CJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Los carnavales como tema

I
■ Pena de que, devoto uno de los carnavales por su tirón colorista y literario, no hubiera podido establecer una conversación sobre el tema con aquellos que a los carnavales dedicaron su amorosa atención en libros estampada, tales el Arcipreste de Hita, Quevedo, Clarín, Valle Inclán... Si llegó uno a tiempo de dialogar en cierta ocasión con Pemán que, claro está, no fue el inventor de los carnavales de Cádiz pero sí, según cuenta con tanto garbo como siempre Antonio Burgos, el primer intelectual gaditano que se subió un día a una carroza de carnaval «para acompañar al pueblo en el repelucio de la falseta de un tango», levantando, además, con su pluma ese monumento al carnaval de Cádiz que es «La viudita naviera».
 Que las directrices actuales del carnaval son hoy distintas a las celebraciones del ayer, a las claras andan. Otras son actual-

mente las vistosas mascaradas, una vez vencidas en parte aquellas zafiedades del ayer, hoy reemplazadas por los desfiles en los que la máscara —careta— llega a ser sustituida por el disfraz a secas, suprimiendo de este modo el característico «¿me conoces?» de antaño... Triunfa así, sobre la clásica «destrozona», el atuendo a veces espléndido, de las nutridas comparsas, apoteosis de la pluma y la lentejuela, aparatosos figurines que para sí quisieran más de una «super-vedette» con destino a la apoteosis de su revista.
 «Carnaval, carnaval», corea a ritmo de marcha el pueblo, a gusto al parecer. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Los políticos sabían lo que hacían al restituir un día al pueblo las jornadas de antruejo. «Lúdicas» ellas, gustan llamarlas los entendidos.

II
■ Dicen que el verdadero carnaval no es el celebrado en los días de carnestolendas sino el que, a lo largo del resto del año se pone en pie. Sabía verdad al pare-



cer ante la cual a alguien se lo hemos oído decir:
 —¡Jo, qué fastidio mantener durante todo el año un disfraz del que, sólo llegado el carnaval te puedes despojar para recobrar, una vez vestido de máscara, tu propia personalidad!

III
■ Cavilando en los tiempos venideros que gusten o no un día llegarán, escondiendo sus sabañones, muñecona rabiamente maquillada, se retrata la disfrazada de Eugenia de Montijo, con miras a la oportuna observación futura:
 —Esta que aquí veis, fue servidora un día.

IV
■ Evocación de la antigua «destrozona». Por redondos senos, naranjas frescas; por nalgas, sudado almohadón; medias rayadas, con hilo bramante al muslo sostenidas; por abanico, soplillo de la cocina, reliquia del pasado; careta de cartón con morro de cochino, hablando conmigo solo que se dice... Firma y rubrica, un

tal don José Gutiérrez Solana, cofrade y servidor de Momo.

V
■ A raíz de la recuperación del carnaval perdido, Francisco Henares escribió: «Para sólo divertirse ya no se necesita hoy la orgía, cuando la 'noche loca' y el 'desenfreno' se tienen a precio de fin de semana en invierno y verano...». Válida todavía, por supuesto, la atinada afirmación. Sean, pues, distintos los fines del carnaval actual frente a los otros del viejo antruejo, en los que la ordinaria y el hortorismo se abrían paso entre los rigores de los decretos oficiales y los de la Cuaresma. Continúa, pues, vigente actualmente aquel consejo de Mingote, en cuyo pregón del Carnaval madrileño solicitaba: «El carnaval es libertad y la libertad es sagrada. Cuidad la libertad... ¡No la ensuciéis!

VI
■ Ocurrió que, llegado el carnaval, eligió el hombre el disfraz que estimó más idóneo. Luciéndolo, salió a la calle, siendo al instante por todos conocido. Aunque tarde, vino a comprender entonces que para él vestirse de borrico no era disfraz.

VII
■ Bajo el confeti y la serpiente, el baile de máscaras acoge las odaliscas, las pompadures, los payasos, los napoleones, los frailes, las hadas madrinas...
 —¿Y tú, guapa, de qué vas?
 —De mí misma.

VIII
■ Nuestra vecina Vanessa, ataviada de «antigua», disfraz predilecto de la niña pija.



El minicuento de urgencia
El caballero de la capa carmesí

Múltiples cuentos de carnaval podrían aquí ser narrados, dado el caso hipotético de contar con espacio disponible. Ateniéndonos a éste, como quiera que el cuento de la estanquera asesinada por tres máscaras, tal el del posadero que, noche de carnaval, desvalija a quien cree ser mercader de posibles y sólo es un alma en pena, largos en exceso vienen a resultar, nos decidimos a ofrecer al lector el correspondiente al del caballero de la capa carmesí, el cual resulta que, campañeando las doce de la noche del martes de carnaval e inaugurado así el Miércoles de Ceniza, jornada de penitencia, escapa de los brazos lujuriosos de la máscara vestida de hurí, flor de lujo del lupanar, enderezando sus pasos hacia una iglesia a la mano,

no sin antes escuchar la recomendación de una de las encargadas del local, pitonisa ella, que le recomienda que ocurra lo que ocurra no llegue el caballero a cerrar los ojos aquella noche.
 A su llegada al templo, el caballero de la capa carmesí descubre que al pie del altar mayor se vela un cadáver: el suyo. Espantado huye a toda prisa y, ya en la calle, llega hasta sus oídos un solemne miserere entonado por aquellos encapuchados que acompañan, antorchas en mano, a un lujoso ataúd acristalado en cuyo interior el caballero se descubre a sí mismo. Huye entonces despavorido hasta llegar, jadeante, hasta su propia casa en la que encuentra a su entristecida familia vistiendo luto por él. Despreciando el aviso de la pitonisa, abatido por un pesado sueño, cierra los ojos. Jamás los volverá a abrir.